



## Revista de Estudios Sociales

05 | 2000  
Fin de Siglo

---

### Nuevas Ciudadanías

Norbert Lechner

---



#### Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30157>  
ISSN: 1900-5180

#### Editor

Universidad de los Andes

#### Edición impresa

Fecha de publicación: 1 enero 2000  
Paginación: 25-31  
ISSN: 0123-885X

#### Referencia electrónica

Norbert Lechner, « Nuevas Ciudadanías », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 05 | 2000, Publicado el 20 febrero 2019, consultado el 23 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30157>

---



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

## Nuevas Ciudadanías

Norbert Lechner\*

El artículo pretende llamar la atención sobre la concatenación de tres procesos de transformación. Son evidentes, por una parte, los profundos y acelerados cambios de nuestras sociedades que conciernen tanto a las estructuras socioeconómicas como a la subjetividad de la gente. Dicha reorganización social conlleva, por otra parte, una transformación de la política. Esta pierde la centralidad que tuvo antaño en la regulación y conducción de la vida social. No debe sorprender entonces que tenga lugar una resignificación de la ciudadanía.

Esta aproximación descansa sobre el Informe 2000 del Desarrollo Humano en Chile, preparado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, y que se podrá consultar a partir de marzo en la página Web [www.pnud.cl](http://www.pnud.cl). Se trata pues de una reflexión sobre el caso de Chile, pero que tal vez ofrezca pistas sugerentes para otros países latinoamericanos.

A partir de los resultados de una encuesta nacional, realizada en junio de 1999, se aprecian dos tendencias. Primero, parece confirmada cierta asociación entre la disposición de capital social y la participación ciudadana. Vale decir, la fortaleza del vínculo social contribuye a una mayor participación ciudadana. Segundo, existen indicios para suponer que "ser ciudadano" no se refiere tan sólo a la política institucional, sino progresivamente a la vida social. En síntesis, la calidad de la vida social sería una condición favorable para el ejercicio de la ciudadanía a la vez que su objetivo.

"...Dicha automatización relativa de los sistemas tiene dos consecuencias para la política..."

\* Profesor de FLACSO, sede Chile, e investigador del PNUD para el Desarrollo Humano en Chile. La reflexión es de responsabilidad exclusiva del autor y no compromete ninguna de las instituciones.

## La transformación de la política

La política ya no es lo que fue. Ella fue un conjunto de instituciones y procedimientos más o menos claramente estructurados, con amplia penetración en la sociedad a través de mecanismos clientelares y corporativos. Hasta hace poco, la política fue la principal instancia que ordenó y articuló la vida social. Y los ciudadanos esperaban de la política que ella cumpliera precisamente esa función. Hoy en día, la situación ha cambiado por diversas razones<sup>1</sup>. Para comprenderla hay que tomar en cuenta 1) los cambios estructurales ocasionados por los procesos de diferenciación y de globalización y 2) los cambios en la dimensión simbólica de la política.

## Cambios estructurales

Una razón radica en el proceso de diferenciación funcional de la sociedad. Comparando nuestros países con lo que eran en los años sesenta, se observa cómo los distintos sistemas funcionales (llámense sistema económico, jurídico, educacional y, por supuesto, el sistema político), devienen relativamente autónomos y autorreferidos en torno a sus respectivas lógicas específicas. Dicha autonomización relativa de los sistemas tiene dos consecuencias para la política. Por una parte, socava su centralidad. Vivimos en una sociedad policéntrica donde la política ya no representa el vértice ordenador de la pirámide social. Ello cuestiona la "unidad" de la sociedad tal como ella nos era familiar. Reaparece la "cuestión del orden" como un problema. Esa crisis de la política como núcleo organizador de la vida social es la que subyace a muchas de las coyunturas dramáticas que sufren los países latinoamericanos.

Al descentramiento de la política se agrega, por otra parte, la restricción del campo de la acción política. La causa visible es la expansión del mercado. En realidad, ella refleja la mencionada autonomización de los diversos sistemas; en este caso, del sistema económico. La diferenciación implica que las diferentes "lógicas funcionales" reaccionan a los estímulos de su entorno solamente cuando tales señales pueden ser traducidas a su lenguaje interno. Por consiguiente, la política dispone de menos capacidad de intervención que antes. La jerarquía es un recurso menos aplicable en situaciones de gran complejidad. Ahora se requieren relaciones más

1 Norbert Lechner, "¿Por qué la política ya no es lo que fue?", en Revista Foro 29, Bogotá, mayo 1996.

horizontales de coordinación. Es precisamente lo que ofrece el mercado como un mecanismo de coordinación descentralizada entre las personas. Pero, como nos recuerdan diversas experiencias recientes, el mercado presupone ciertos factores (como reglas de juego y relaciones de confianza y cooperación), que él mismo no produce. La vida social sigue exigiendo la coordinación política, pero basada en otro instrumental, más adecuado al nuevo contexto.

La restricción de la soberanía popular es acompañada de una redefinición de la soberanía nacional. Los procesos de globalización rompen con el marco nacional de la política y el monopolio del Estado. Existe una especie de "soberanía compartida" entre diversos actores. En realidad, el campo de acción de la política se encuentra redimensionado por procesos transnacionales (p.ej. las turbulencias financieras, pero también Internet), que escapan al control del gobierno nacional, o por normativas internacionales (p.ej. normas del comercio o de protección medioambiental), que obligan a una adaptación de la legislación nacional. A la par con esta desterritorialización y tal vez más importante aún que el redimensionamiento del espacio es la redefinición del tiempo. La globalización relativiza también el dominio del Estado nacional sobre el tiempo, desde la hora hasta la historia. Se aprende a vivir a la hora de otros países y a anticipar el futuro fuera del marco nacional.

Todo ello no hace desaparecer a la política, pero le da otro cariz. La política desborda los límites del sistema político y abarca un amplio "sector informal". Buena parte de la política realmente existente ocurre en unas tramas de "redes" formales e informales, nacionales y transnacionales. Se trata de un mecanismo ágil y flexible para responder a la creciente complejidad de los problemas del país. Cuando ni el Estado ni los actores

"...La política desborda los límites del sistema político y abarca un amplio 'sector informal'..."

económicos disponen por sí solos de los recursos para enfrentar los retos, la articulación ad hoc de las instancias pertinentes favorece la negociación y ejecución de las eventuales soluciones. En cambio, la red no asegura que sean tomados en cuenta los intereses no organizados, que los acuerdos sean fiscalizados políticamente y que sean publicitados debidamente. A la complejidad de la política se suma así una creciente opacidad, fomentando suspicacias (reales o imaginarias) acerca de los llamados "poderes tácticos"

### Cambios del discurso político

En los últimos años se ha debilitado la dimensión simbólica de la política. Particularmente notorio es el desperfilamiento de las ideologías. El fenómeno tiene que ver con el colapso del sistema comunista, pero especialmente con las profundas transformaciones que caracterizan este cambio de época. De cara a tales procesos a la vez complejos y viscosos, la llamada "desideologización" refleja la erosión de las claves interpretativas que anteriormente otorgaban inteligibilidad a la realidad social. Carecemos de códigos mentales para dar cuenta de los cambios sociales y ello se expresa en las dificultades que tiene la política para "dar sentido" al desarrollo social.

El discurso político pierde poder de convocatoria porque ya no logra ofrecer códigos interpretativos ni señas de identidad fuertes. En la medida en que las identidades de clase se diferencian y dan lugar a una multiplicación de agrupaciones tenuemente perfiladas, se diluyen los "intereses representados" políticamente. Pierden perfil los grandes clivajes sociales que eran escenificados por la lucha política. El resultado es una "neutralización" de los conflictos políticos. Enfriar la política como arena institucional de los conflictos tiene, sin embargo, una consecuencia inesperada: la brecha entre el sistema político y la ciudadanía aumenta. Las luchas políticas ya no logran representar a la diversidad de intereses focalizados y, a la inversa, los ciudadanos tienden a considerar aquellas pugnas como meras rencillas entre políticos.

Está a la vista lo difícil que es para la política simbolizar la unidad de una sociedad cada vez más diferenciada y compleja. En un mundo globalizado y en constante reestructuración, ¿qué símbolos de integración social puede ofrecer la política?

Un ejemplo ilustrativo son las políticas sociales: la lucha contra la pobreza y las inversiones en salud y educación suelen representar los esfuerzos prioritarios del

Estado. Sin embargo, dichas medidas no están acompañadas de discursos públicos que tematizan y expliciten el sentido de las mejoras materiales, vinculándolas a la subjetividad de la gente. Ella no busca solamente una atención médica oportuna, una educación de calidad para sus hijos; exige ser reconocida en su dignidad individual, protegida como un miembro de la comunidad, valorada por sus esfuerzos y sacrificios. Mas la política tiende a desaprovechar tales oportunidades para otorgar sentido a la convivencia social. Y las personas a su vez, difícilmente se reconocen en una política que no les brinda reconocimiento social, un sentimiento de seguridad colectiva y de pertenencia a una "comunidad".

El desvanecimiento de la dimensión simbólica de la política tiene su contraparte en la individualización de los ciudadanos. Este proceso típico de la modernización, muchas veces toma la forma de una privatización. Las personas tienden a abandonar el espacio social y a encerrarse en la casa. Es una individualización de espaldas a la sociedad y la política. Sin abordar las posibles justificaciones, cabe constatar el resultado: una subjetividad fuertemente privatizada. Dicha retracción parece potenciada por el redimensionamiento del ámbito público como espacio mediático. Gracias a la televisión, existe un acceso privado y selectivo (según las preferencias personales) a lo compartido. Y ello modifica la carga subjetiva de la política. Prevalece una política des-subjetivada. Comparado con décadas anteriores, las personas ya no suelen invertir sus afectos y emociones en la política.

La privatización refleja asimismo las decepciones de una subjetividad vulnerada. Para muchos el compromiso político se revela como un engaño que los indujo a sacrificar sus vínculos familiares y de amistad. Y la transmisión de tal memoria a las generaciones jóvenes confirma sus aprehensiones: la política no cambia nada y sus promesas son vanas ilusiones.

En resumidas cuentas, crece la desafección por la política. Salvo en períodos "calientes", la política no es algo relevante en la vida cotidiana de los ciudadanos. No sabemos lo que fue la democracia en la polis griega, pero en los tiempos modernos la gente suele estar más preocupada del empleo y del sexo, de la familia y de la salud. El desinterés resulta plausible considerando la limitada influencia de la política respecto al protagonismo de la economía y la ausencia de un discurso público en el cual la subjetividad pueda reconocerse. Entonces no sorprende una doble reacción. Por una parte, las personas tienden a exigir del sistema político por sobre todo eficiencia. Asumiendo el discurso económico, se "mide" a la política por su capacidad de

resolver los problemas concretos de la gente. Simultáneamente empero, por otra parte, la subjetividad huérfana reclama una instancia que dé voz y visibilidad a las demandas de reconocimiento, seguridad y pertenencia. De allí esa mezcla de tecnocracia y populismo que caracteriza actualmente buena parte de la región.

### La resignificación de la ciudadanía

Por lo general, se concibe a la ciudadanía por referencia al Estado y el sistema político. Ha sido el ámbito político-estatal quien otorga reconocimiento a los ciudadanos, los integra como miembros de la comunidad y les asegura la seguridad debida. Y las personas se han pensado y sentido como ciudadanos en esa esfera político-estatal. Participando de ella construyen sus identidades colectivas, defienden sus intereses y manifiestan sus opiniones. Ahora, el redimensionamiento del referente político-estatal altera la noción de ciudadanía.

Cuando el sistema político pierde su centralidad y su jerarquía vertical, cuando la acción política desborda, tanto el marco nacional como el marco institucional, cuando el discurso político ya no escenifica una verdad autoevidente, cuando las bases del "contrato clientelista" se diluyen; en fin, cuando el Estado pierde su aura de poder sacrosanto, también cambia el papel del ciudadano. La erosión de la "política institucional" obliga a las personas a concebir de manera nueva su rol de ciudadanos. El orden político ha perdido su halo de naturalidad inamovible y, por tanto, los procesos de identificación y adhesión se vuelven reflexivos. La individualidad reclama su autonomía y desconfía de las ideas e identidades heredadas. En ausencia de las grandes ideologías, las personas están forzadas a formarse su propia idea acerca de los problemas y prioridades del país. Los "electorados cautivos" se dispersan y los ciudadanos comienzan a hacer un uso selectivo y reflexivo de su relación con los actores políticos.

En este contexto parece tener lugar una redefinición de la ciudadanía. Propongo distinguir en términos analíticos al menos dos tipos de ciudadanía. Por un lado, una ciudadanía que puede denominarse instrumental por cuanto considera a la política como algo ajeno y, no obstante, se dirige al sistema político en tanto solución a los problemas sociales. No pretende participar en la toma de decisiones ni moldear la marcha del país. Al discurso

abstracto opone su mundo concreto y reclama una gestión eficiente en favor del bienestar de la gente. Lo que cuenta son los servicios tangibles que presta. Dicho de modo esquemático: la "ciudadanía instrumental" descrea de la política y cree en la administración (particularmente la municipal).

Por otro lado, parece emerger lo que puede llamarse una "ciudadanía política". El segundo tipo de ciudadanía se refiere no tanto a la "política institucionalizada" en el sistema político como a la acción colectiva de los propios ciudadanos. Analizaré el fenómeno en dos pasos. A partir de la encuesta realizada por el PNUD pretendo mostrar para el caso de Chile: 1) la relevancia del "capital social" para la participación ciudadana y 2) la presencia de una ciudadanía volcada precisamente a ese vínculo social.

### Capital social y ciudadanía

"Será difícil construir capital social, pero es la clave para hacer funcionar la democracia". La frase final de *Making Democracy Work* resume la tesis con la que Robert Putnam (1993) actualizó el debate sobre las condiciones sociales de la democracia. Si la tesis encontró eco de inmediato en los debates académicos y políticos, ello se debe a la constatación que la sustentabilidad de cualquier "modelo de desarrollo" depende en buena medida de la relación entre política y vida social. En las sociedades de alta complejidad y contingencia, como la de los grandes países latinoamericanos, de poco sirve implementar desde arriba grandes reformas de la estructura económica si no involucra la creatividad y concertación de las personas. Y dicha participación es requerida no sólo en el mercado sino muy especialmente en las instituciones sociales y políticas -desde la confianza y las normas morales hasta la institucionalidad democrática-, en las cuales se inserta el funcionamiento del mercado.

"...Mientras..."

La tesis de Putnam afirma que el buen funcionamiento de las instituciones democráticas depende del capital social existente. Y entiende por capital social ciertos rasgos de la organización social como la confianza social, las normas de reciprocidad y las redes de cooperación cívica que pueden mejorar la acción colectiva. Numerosos autores señalaron con razón que el enfoque carece de precisión conceptual, que rinde tributo excesivo a una visión romántica (tocquevilliana) de la asociatividad cívica a la vez que deja poco espacio a la construcción deliberada de ese capital social<sup>2</sup>. Estas y muchas otras críticas son ciertas y, no obstante, conviene prestar atención al tema. Obviando las connotaciones economicistas de la noción de capital social, cabe preguntarse por las formas de vínculo social existentes en una sociedad y sus relaciones con las estructuras macrosociales.

En el mérito del concepto radica también su principal dificultad: ¿cómo cuantificar el capital social de un grupo o de una sociedad? La medición ha de combinar criterios individuales (pertenencia a organizaciones, confianza en los demás) con indicadores sociales (existencia de normas de reciprocidad y de compromiso con fines cívicos). Una aproximación práctica ofrece el World Values Survey de 1990/91<sup>3</sup> aplicado en varios países latinoamericanos. Replicando las variables pertinentes de dicho cuestionario, la encuesta realizada por el PNUD en Chile brinda una primera evaluación. Junto con un índice de capital social se construye un índice de participación política y un índice de desafección política.

Los resultados empíricos parecen confirmar la tesis de Putnam: a mayor disposición de capital social las personas entrevistadas suelen tener mayor participación ciudadana. Y a la inversa, cuanto menor sea su capital social mayor tiende a ser su desafección política.

La relación plantea una serie de interrogantes. En primer lugar, la acumulación desigual del capital social. Mientras que los entrevistados del grupo socioeconómico alto disponen de un alto nivel de capital social, los encuestados del grupo socioeconómico bajo muestran grandes carencias. Ello confirmaría una experiencia conocida: la pobreza tiene que ver no sólo con

2 Alejandro Portes, "Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna", en J. Carpio e I. Novakowsky (comp.), *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*, México, FLACSO, 1998; Christian Grooteert, "Social Capital: The Missing Link?", Social Capital Initiative Working Paper 3, World Bank, 1998; Stefan De Vylder, "Sustainable Human Development and Macroeconomics", *UNDP Discussion Paper*, New York, 1995; entre otros. 3 Ronald Inglehart, *Modernization and Postmodernization*, Princeton University Press, 1997

condiciones económicas sino igualmente con la falta de redes sociales. Y puede ser precisamente esa carencia de vínculo social lo que impide a la gente aprovechar eventuales oportunidades.

De lo anterior se desprende, en segundo lugar, el desafío de construir capital social. Ello implica contrarrestar dos condicionantes negativas. Por un lado, la escasa confianza social. Los Latinobarómetros de 1996, 1997 y 1998 indican que, en general, en los países latinoamericanos las personas tienden a desconfiar de los demás. El otro, especialmente cuando es un desconocido, suele ser considerado más como eventual agresor que como posible colaborador. En tales circunstancias resulta difícil establecer lazos de cooperación. A ello se agrega, por otro lado, la percepción de los entrevistados de que no existe reciprocidad. Tanto en sus relaciones de trabajo (o estudio) como, por sobre todo, en las relaciones con el Estado, las personas tienden a pensar que ellas no reciben a cambio lo mismo que entregan. Esta percepción tiene que ver con la opinión mayoritaria de la gente encuestada de que existe discriminación y desigualdad en las relaciones sociales. Tales opiniones parecen prevalecer también en los otros países de la región. Vale decir, la "constructibilidad" dependería de factores macrosociales como la igualdad social y un trato justo que no son favorecidos por las actuales estrategias de desarrollo.

Putnam enfoca el capital social como un stock acumulado a lo largo de siglos (Italia) o, al menos, de varias décadas (Estados Unidos). Como él mismo reconoce, tal perspectiva es desalentadora para quienes impulsan reformas institucionales. En nuestras sociedades, un débil capital social inhibiría el funcionamiento de la democracia y, a la inversa, las reformas políticas no podrían modificar en el corto plazo un proceso secular. Dicha desazón crece aún más cuando Putnam constata la disminución del capital social en años recientes<sup>4</sup>.

Más el fenómeno puede ser interpretado de manera diferente. El capital social -en tanto constelación específica del vínculo social en miras de promover la acción colectiva- puede ser visualizado como un proceso social y, como tal, sometido a cambios. Es decir, no se trataría de un stock, sino de un flujo. Visto así, lo que puede estar ocurriendo no sería una erosión del capital social, sino su transformación.

La transformación del capital social estaría impulsada

por las dinámicas de individualización y la definición de las identidades colectivas que se observan por doquier. Considerando el "clima posmoderno" que reina en algunos sectores de nuestras sociedades, es plausible suponer que las personas rehúsen la asociatividad formal, muchas veces basada en organizaciones burocráticas y pesadas, y busquen formas más flexibles y espontáneas de asociarse. En consecuencia, estimo oportuno reemplazar el enfoque de Putnam centrado en un stock de capital social. Parece más fructífera la hipótesis que presume un desplazamiento desde el capital social formal hacia un capital social informal.

En el caso de Chile, no se dispone de datos históricos que permitan averiguar y cuantificar la presencia de un capital social informal en el pasado. Por ende, no se puede constatar si ha tenido lugar el supuesto desplazamiento. Pero al menos cabe una aproximación al grado de capital social informal actualmente existente. Usando los mismos indicadores-confianza, reciprocidad y compromiso cívico- se pueden diseñar variables que den cuenta del carácter informal de las redes sociales (p.ej. confianza para conversar con familiares y personas cercanas y anónimas; percepción de reciprocidad en el trabajo). Dado que las exigencias del capital social informal son menores, no sorprende que pueda constatarse una disposición superior. Particularmente los entrevistados jóvenes y del grupo socioeconómico medio -cuyas identidades colectivas se encuentran sometidas a una profunda reformulación- poseen bastante más capital social informal que formal. En cambio, los encuestados del grupo socioeconómico bajo tienden a estar tan desposeídos de capital social informal como del formal. Así y todo, es dable constatar que existen más lazos de confianza y cooperación social que lo que insinúa el nivel de asociatividad formal.

De modo similar al capital social formal, se observa que la disposición de capital social informal está asociada con grados mayores de participación ciudadana. A la inversa, quienes poseen menos capital social informal tienden a exhibir grados mayores de desafección política.

De lo anterior se desprenden dos conclusiones de relevancia práctica. Primero, la ciudadanía tiene que ver con la fortaleza del vínculo social. Y, por el contrario, la desafección política está vinculada a la debilidad del vínculo social. De ser así, el fortalecimiento de la ciudadanía pasaría por un fortalecimiento de la vida social. Vale decir, el vigor de la acción ciudadana en nuestros países parece depender no sólo (y no tanto) del ámbito de la política institucionalizada (sistema político), sino también de la vitalidad de la sociedad. En suma, sería

4 Robert Bowling Putnam, "Alone America's Declining Social Capital", en *Journal of Democracy*, Vol. 6, No. 1, 1995; "The Strange Disappearance of Civic America", en *The American Prospect* 24, 1996.

mediante el fortalecimiento de la vida social que podría impulsarse la democratización. Ello implica, en términos concretos, que la llamada "crisis de los partidos" no debería ser un obstáculo insalvable para avanzar en el proceso democrático.

Segundo, el análisis de los procesos políticos no puede restringirse al sistema político, a las instituciones y los procedimientos democráticos. Hemos visto que la política depende de condiciones - el vínculo social- que ella misma no produce. Sin embargo, ella puede crear un entorno favorable a la acción colectiva. En consecuencia, es menester indagar acerca de las medidas políticas que favorezcan el despliegue de lazos de confianza y cooperación cívica. Es dable suponer que los vínculos sociales se fortalecen en la medida en que las personas dispongan de más ámbitos de conversación y de encuentro, de más "zonas de contacto" y de experiencias compartidas. Se requiere, en suma, de un ámbito público de mejor calidad.

Además de espacio público, la formación de capital social exige tiempo. Difícilmente hay acción colectiva si no hay un horizonte de futuro, la expectativa de un "mañana mejor". Una de las tareas fundamentales de la política consiste precisamente en generar tales horizontes temporales que permitan "poner en perspectiva" las opciones del presente. Y cabe agregar un tercer momento indispensable: el lenguaje. No hay vínculo de confianza y cooperación, no hay acción colectiva sin comunicación. Ello es un desafío mayor en nuestras sociedades multiétnicas y pluriculturales que exigen una continua labor de traducción o conversión entre los diferentes códigos.

En suma, la creación de este "entorno favorable"

plantea un vasto campo a la acción política, siempre y cuando ella logre trascender sus intereses inmediatos. Dicha exigencia, sin embargo, parece ineludible porque -y ello representa otro resultado sugerente de la investigación- el restablecimiento de la confianza en las instituciones representativas podría ser la consecuencia de la confianza aprendida en las relaciones cotidianas. Ahora bien, la producción de espacios, temporalidades y lenguajes adecuados no es una responsabilidad exclusiva de la política institucional. Es también una tarea ciudadana.

### La ciudadanía activa

Constatar las condiciones sociales de la ciudadanía no parece novedoso. Es evidente que el debate ciudadano se nutre de las experiencias y los hábitos que adquieren dichos ciudadanos en su diario quehacer. Pero al mismo tiempo la ciudadanía establece un doble corte respecto a ese mundo social. Por un lado, consagra el principio de igualdad entre los ciudadanos ("una persona, un voto"), neutralizando las desigualdades socioeconómicas y las diferencias culturales entre los individuos. Y ese vínculo entre iguales crea una responsabilidad compartida por lo común. Se supone, por otro lado, que el ciudadano puede hacer abstracción de sus intereses privados y formarse un juicio acerca del bien común. Cuando los ciudadanos participan en la toma de decisiones colectivas (mediante su voto u otra manifestación de opinión) no sólo defienden sus intereses personales o corporativos; también deciden sobre el tipo de sociedad que desean. Vale decir, hay una relación circular entre sociedad y política. La convivencia social es el supuesto del ejercicio ciudadano a la vez que su finalidad.

Quiero hacer hincapié sobre esta doble cara: la calidad de la vida social condiciona las bases efectivas de la ciudadanía al mismo tiempo que representa un objetivo de la acción ciudadana. En efecto, parece tener lugar una resignificación de lo que es un ciudadano. Este abarca distintas dimensiones igualmente relevantes, pero que pueden ser enfatizadas de manera distinta, según el momento histórico. Tampoco en este caso, se dispone de series temporales de encuestas que permitan explorar posibles desplazamientos. Aún así, son interesantes los resultados de la encuesta del PNUD.

Un tercio de los entrevistados estima que es ciudadano quien cumple las leyes del país. Esta concepción legal sería acorde a la tradición legalista de Chile. Poco más de diez por ciento de las personas encuestadas identifica al ciudadano con la elección de

"...Se requiere, en suma, de un ámbito público de mejor calidad..."

autoridades. En cambio, el dato significativo me parece ser el valor atribuido a las opciones "**participa activamente en los asuntos de la comunidad**" o "se siente responsable por el rumbo que tome el país". Cuatro de cada diez personas comparten esta concepción. La preferencia por estas dimensiones del "ser ciudadano" representa, a mi entender, una concepción novedosa de lo que puede denominarse una "**ciudadanía activa**".

En el contexto chileno, esta "**ciudadanía activa**" es innovadora en tanto guarda más relación con el vínculo social que con el sistema político. Quienes adhieren a esa "**ciudadanía activa**" expresan una adhesión mayor a la democracia, pero no tiene más interés político ni mayor auto-identificación ideológica que la media de los entrevistados. La diferencia radica en otro punto. El ciudadano activo está más dispuesto a organizarse con otras personas y no retrotraerse a la vida privada. La preferencia por la ciudadanía activa suele estar asociada a una mayor participación en organizaciones sociales, mayor confianza interpersonal y social y una mayor percepción de la reciprocidad.

Probablemente la relación entre dicha "**ciudadanía activa**" y la fortaleza del vínculo social opere en doble sentido. La calidad de la vida social sería el requisito de una concepción más activa de la ciudadanía y, a la inversa, el ejercicio activo de la ciudadanía apuntaría al fortalecimiento del vínculo social.

El hecho de que los ciudadanos más activos no manifiesten más interés político ni mayor identificación política sugiere que no tienen al sistema político por referente principal. El ámbito de la "**ciudadanía activa**" parece ser menos la política institucional que el desarrollo societal; estaría motivada por la convivencia social. En tal dirección apunta la relación existente entre ciudadanía activa y valores postmaterialistas. Quienes se pronuncian más favorablemente por una ciudadanía activa son igualmente quienes mayor importancia otorgan a una sociedad más humana y donde las ideas cuenten más que el dinero. En cambio, quienes están menos preocupados por los asuntos de la comunidad tienden a privilegiar valores materialistas: una economía estable y la lucha contra la delincuencia.

En síntesis, una proporción significativa de "**ciudadanos activos**" estaría prestando mayor atención al modo de vida social que al sistema político. En la medida en que la política institucional ve disminuido su campo de acción, la sociedad -las formas de convivencia social- devienen objeto de la acción colectiva de los ciudadanos. Podría estar ocurriendo un desplazamiento (por cierto,

parcial) del interés ciudadano desde el sistema político hacia la trama social.

Dicha transferencia no debe ser confundida con una despolitización. Más que un desinterés por temas políticos parece tener lugar una socialización de la política. Posiblemente sea una reformulación de la subjetividad política similar a la ocurrida en otras latitudes.

Lo que aparentaba ser una retirada política a la vida privada, una nueva intimidad o la cura de las heridas emocionales, en la antigua interpretación de la política, puede representar, cuando es contemplado desde el otro punto de vista, la lucha por una nueva dimensión de lo político<sup>5</sup>.

Son las personas en su interacción cotidiana las que deben generar y cuidar los vínculos sociales. Ello implica empero, que el quehacer diario adquiere una dimensión política. La política no residiría únicamente en las instituciones formales sino también en la trama social al alcance de la experiencia concreta de cada cual. En este sentido puede hablarse de una **ciudadanización de la política**: la recuperación de la política como una capacidad propia de los ciudadanos.

Sería fatal que tal ciudadanización de la política avance por oposición a la institucionalidad democrática. Como expuse en otras ocasiones<sup>6</sup>, a veces la invocación de la "**sociedad civil**" tiende a apoyarse en un rechazo a las instituciones representativas, privándose de su interlocutor privilegiado. No hay, por el contrario, sociedad fuerte sin Estado fuerte. La ciudadanización logrará potenciarse sólo en la medida en que existan partidos políticos capaces de procesar y proyectar la acción ciudadana. Al mismo tiempo cabe recalcar que la vitalidad de las instituciones democráticas presupone ámbitos públicos que estimulen, dinamicen y fiscalicen a los actores políticos.

"...se pronuncian más favorablemente por una ciudadanía activa..."

5 Ulrich Beck, A.Giddens, Lash, *Modernización reflexiva*, Madrid, Alianza Universidad, 1997, pág.36.

6 Norbert Lechner, "La problemática invocación de la sociedad civil" en *Perfiles Latinoamericanos*, No. 5, México, FLACSO, diciembre 1994.